

Skellig

Para Freya Grace

Título original: *Skellig*

Diseño de cubierta: Laura Zuccotti

Maquetación: Endoradisseny

© 1998, del texto, David Almond

© 2013, de la traducción, Verónica Canales Medina, cedida por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Este libro fue publicado anteriormente en español bajo el título

Alas para un corazón.

ISBN: 978-84-19004-86-4

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 23.010-2022

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: marzo de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoedizioni.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



DAVID ALMOND

Skellig



NOVELA GANADORA
DE LA MEDALLA CARNEGIE



Traducción de Verónica Canales Medina



Duomo ediciones

1



LO ENCONTRÉ EN EL GARAJE UNA TARDE DE DOMINGO. Fue al día siguiente de mudarnos a Falconer Road. El invierno tocaba a su fin. Mi madre había dicho que nos habíamos mudado justo a tiempo para la llegada de la primavera. Allí no había nadie más. Me encontraba solo. Los demás estaban dentro, en la casa, con el doctor Muerte, preocupados por la bebé.

Él estaba ahí tirado, en la oscuridad, detrás de los viejos arcones, entre el polvo y la tierra. Daba la impresión de que hubiera estado ahí desde siempre. Se veía sucio, pálido y deshidratado, y pensé que estaba muerto. No podía haber estado más equivocado. No tardaría en comprender toda la verdad sobre él: que jamás había existido una criatura así en el mundo.

Llamábamos garaje a ese lugar porque así lo había llamado el agente inmobiliario, el señor Stone. Era más bien

una zona de derribo, un vertedero de escombros o algo parecido a uno de esos antiguos almacenes que no paran de demoler en el muelle. Stone nos condujo por el jardín, tiró de la puerta para abrirla y encendió su pequeña linterna en la penumbra. Asomamos la cabeza al interior con él.

—Tienen que verlo con imaginación —dijo—. Verlo ya limpio, con puertas nuevas y el techo reparado. Verlo como un maravilloso garaje de dos plazas.

Me miró esbozando una estúpida sonrisa.

—O como un lugar para ti, chaval; un escondite para tus colegas y para ti. ¿Qué te parece, eh?

Aparté la mirada. No quería tener nada que ver con él. El recorrido por toda la casa había sido más de lo mismo. Había que verla con imaginación. Imaginar lo que se podía hacer. Y, durante toda la visita, no paré de pensar ni un momento en el viejo, Ernie Myers, quien había vivido allí solo durante muchos años. Había muerto casi una semana antes de que lo encontrasen debajo de la mesa de la cocina. Eso es lo que yo veía cuando Stone nos decía que lo viésemos todo con imaginación. Lo dijo incluso cuando entramos en el comedor y descubrimos un viejo retrete instalado ahí mismo, en un rincón, detrás de un biombo de contrachapado. Lo único que yo quería

era que Stone cerrase el pico, pero comentó que, al final de sus días, Ernie no podía subir la escalera. Le bajaron la cama e instalaron ahí el retrete para facilitarle las cosas. El agente inmobiliario me miró como si yo no tuviera por qué conocer esos detalles. Quería salir de allí, volver a nuestra antigua casa, pero mis padres mordieron el anzuelo. No paraban de repetir que iba a ser como una gran aventura.

Compraron la casa. Empezaron a limpiar, rascar y pintar. Y entonces, la bebé llegó demasiado pronto.

Y así estábamos.

2



ESE DOMINGO POR LA MAÑANA ESTUVE A PUNTO DE ENTRAR EN EL GARAJE. Cogí mi linterna y alumbré el interior. Las puertas que conducían al patio trasero debían de haberse caído años atrás, y el hueco estaba tapiado con montones de tablones enormes clavados al marco. Las vigas que soportaban el techo estaban podridas, y la estructura empezaba a hundirse. El poco suelo que quedaba a la vista estaba lleno de grietas y agujeros. Se suponía que los hombres que vinieron a sacar la basura de la casa también iban a limpiar el garaje, pero echaron un vistazo al lugar y dijeron que era tan peligroso que no lo harían ni por todo el oro del mundo. Había viejos arcones con cajoncitos, lavamanos rotos y sacos de cemento, puertas viejas apoyadas contra las paredes y antiguas sillas de escritorio con la tapicería apolillada. Enormes bobinas de cuerda y cable colgando de unos clavos. Pilas de tuberías

y gigantescos cajones de clavos oxidados desparramados por el suelo. Todo estaba cubierto de polvo y telarañas. Había argamasa desconchada de las paredes. En una de ellas, había una pequeña ventana, pero estaba muy sucia y tapada por unos rollos de linóleo apoyados contra ella. El lugar apestaba a podredumbre y a polvo. Incluso los ladrillos empezaban a desmoronarse, como si ya no pudieran soportar más peso. Era como si el propio lugar estuviera harto de sí mismo y quisiera hundirse hasta convertirse en un montón de cascotes, para que se los llevaran con una excavadora.

Oí que algo arañaba el suelo en un rincón y que huía corriendo; entonces todo se detuvo y se hizo un silencio mortal.

Me quedé ahí plantado, intentando armarme de valor para entrar.

Estaba a punto de colarme dentro cuando oí a mi madre.

—¡Michael! ¿Qué estás haciendo? —gritó desde la puerta trasera—. ¿No te habíamos dicho que esperases hasta que te dijéramos que era seguro?

Retrocedí y la miré.

—Bueno, ¿sí o no? —insistió.

—Sí —respondí.

—Pues entonces, ¡sal de ahí! ¿Entendido?

Tiré de la puerta y se quedó entreabierta, sujeta por su único gozne.

—¿Entendido?! —chilló mi madre.

—Entendido —dije—. Sí. Entendido. Entendido.

—¿Es que te has creído que no tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos? ¡Para que encima estemos pensando en que puedas morir aplastado en ese estúpido garaje!

—Sí.

—¡Pues no te metas ahí! ¿Entendido?

—Entendido. Entendido. Entendido. Entendido.

Entonces yo regresé al solar que llamábamos jardín, y ella regresó con la bebé de las narices.

3



EL JARDÍN ERA OTRO DE ESOS LUGARES SUPUESTAMENTE MARAVILLOSOS.

Allí habría bancos, una mesa y un columpio. Habría una portería para jugar al fútbol pintada en una de las paredes de la casa. Habría un estanque lleno de peces y ranas. Pero no había nada de todo eso. Solamente había ortigas, cardos, malas hierbas, ladrillos rotos y cantos rodados. Me quedé ahí pateando las corolas de un millón de dientes de león.

Después de un rato, mi madre me preguntó a gritos si iba a entrar a merendar, y le dije que no, que me quedaba en el jardín. Me trajo un bocadillo y una Coca-Cola.

—Siento que esté todo hecho un desastre y que este-
mos todos de tan mal humor —dijo. Me tocó un brazo—.
Pero tú lo entiendes. ¿Verdad que lo entiendes, Michael?
¿Verdad que sí?

Me encogí de hombros.

—Sí —respondí.

Volvió a tocarme y suspiró.

—Todo volverá a ser genial cuando lo hayamos solucionado —dijo.

Me senté sobre un montón de ladrillos y apoyé la espalda contra la pared de la casa. Me comí el bocadillo y me bebí la Coca-Cola. Me puse a pensar en Random Road, donde vivíamos antes, y en mis amigos de siempre como Leakey y Coot. A esas horas ya estarían en el campo jugando un partido que duraría todo el día.

Entonces oí que llamaban al timbre y que entraba el doctor Muerte. Lo llamaba doctor Muerte porque tenía la cara gris, manchas negras en las manos y no sabía sonreír. Un día lo vi encenderse un cigarrillo cuando se alejaba de nuestra casa. Me dijeron que lo llamara doctor Dan, y yo lo hacía cuando hablaba con él, pero, para mí, era el doctor Muerte, y ese nombre le pegaba mucho más.

Me terminé la Coca-Cola, esperé un minuto y volví al garaje. No tenía tiempo de quedarme ahí plantado armandome de valor para entrar ni de esperar a ver si oía algún rasguño. Encendí la linterna, inspiré hondo y entré de puntillas sin pensármelo.

Algo pequeño y de color negro pasó correteando por el suelo. La puerta chirrió y crujió antes de dejar de moverse. El polvo era visible en el haz de luz proyectado por la linterna. Había algún bicho que no paraba de rasgar el suelo en un rincón. Fui adentrándome con sigilo y notaba que las telarañas iban rompiéndose al contacto con mi frente. Todo estaba apiñado: muebles antiguos, cocinas, alfombras enrolladas, tuberías, cajones y tablo-nes. Tenía que ir agachándome continuamente por debajo de las mangueras y cuerdas y petates que colgaban del techo. Iban pegándoseme más telarañas a la ropa y a la piel. El suelo estaba roto y resquebrajado. Abrí una alacena unos centímetros, iluminé el interior con la linterna y vi escapar a un millón de cochinillas. Eché un vistazo a una enorme vasija de piedra y vi los huesos de algún animal pequeño que había muerto en su interior. Había moscardas muertas por todas partes. Revistas y periódicos viejos. Alumbré uno con la linterna y vi que era de hacía casi cincuenta años. Me movía con mucho cuidado. Tenía miedo de que, en cualquier momento, todo se viniera abajo. Se me metía el polvo en la garganta y la nariz. Sabía que, tarde o temprano, empezarían a llamarme a gritos, y que lo mejor sería salir de allí pronto. Intenté pasar entre un montón de arcones y alumbré

con la linterna el hueco que quedaba detrás; fue el momento en que lo vi.

Creí que estaba muerto. Se encontraba sentado con las piernas estiradas y la cabeza apoyada contra la pared. Se le veía cubierto de polvo y telarañas, como todos los demás objetos, y con la cara chupada y pálida. Tenía moscardas muertas por el pelo y los hombros. Le iluminé el rostro blanco y el traje negro con la linterna.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Abrió los ojos y levantó la vista para mirarme.

Tenía la voz rota, como si llevara años sin usarla.

—¿Qué quieres?

El corazón me latía con fuerza y bombeaba la sangre a toda prisa.

—He dicho que qué quieres.

Entonces oí que me llamaban desde la casa.

—¡Michael! ¡Michael! ¡Michael!

Salí arrastrando los pies. Pasé por la puerta caminando de espaldas.

Era mi padre. Se aproximaba por el caminito hacia mí.

—¿Es que no te hemos dicho que...? —empezó a decir.

—Sí —respondí—. Sí. Sí.

Me puse a sacudirme el polvo. Me cayó una araña de la barbilla, colgada de un largo hilo.

Mi padre me rodeó con un brazo.

—Es por tu bien —me explicó.

Me quitó del pelo una moscarda muerta.

Le dio un golpetazo a la pared lateral del garaje, y la estructura se estremeció.

—¿Lo ves? —dijo—. Imagina lo que podría ocurrir.

Lo sujeté por el brazo para que dejara de golpear.

—No lo hagas —le pedí—. Ya está. Lo entiendo.

Me apretujó el hombro y dijo que las cosas pronto irían mejor. Se rio.

—Limpiaré todo ese polvo antes de que lo vea tu madre, ¿vale?

4



ESA NOCHE APENAS DORMÍ. Cada vez que lograba conciliar el sueño, lo veía saliendo por la puerta del garaje y atravesando el solar hasta la casa. Lo veía en mi habitación. Lo veía acercándose directamente a mi cama. Se quedaba ahí de pie, todo cubierto de polvo, blanco y lleno de moscardas muertas.

—¿Qué quieres? —me susurraba—. Te he dicho que qué quieres.

Llegué a la conclusión de que estaba comportándome como un idiota. No lo había visto nunca. Todo había sido parte de otro sueño. Me quedé tumbado a oscuras. Oí a mi padre roncar y agucé más el oído para oír a la pequeña respirar. Su respiración era ronca y silbante. En plena noche, con la oscuridad total, volví a dormirme, pero ella empezó a berrear. Oí que mi madre se levantaba a darle el pecho. Oí a mi madre arrullándola y consolándola. Luego

volvió a hacerse el silencio, y mi padre volvió a roncar. Escuché con atención para ver si oía otra vez a la bebé, pero ya no volví a oírla.

Empezaba a amanecer cuando me levanté y fui de puntillas a la habitación de mis padres. La cuna de la pequeña estaba junto a la cama de matrimonio. Mis padres estaban profundamente dormidos y abrazados. Miré a la bebé. Metí una mano por debajo de las mantas y la toqué. Noté cómo le latía el corazón a toda prisa. Sentí la débil vibración de su respiración y cómo se le hinchaba y se le deshinchaba el pecho. Sentí el calor tan intenso que irradiaba su cuerpo, lo blanditos que eran sus huesos, lo diminuta que era. Tenía un hilillo de baba y leche en el cuello. Me pregunté si iba a morir. En el hospital habían temido por su vida. Antes de dejarla volver a casa, la tenían en una caja de cristal con tubos y cables conectados al cuerpo, y nosotros estábamos a su alrededor mirándola como si estuviera en una pecera.

Retiré la mano y volví a remeterle las mantas por debajo. Tenía la cara blanca como la cera y el pelo negro como el carbón. Me habían dicho que no dejara de rezar por ella, pero yo no sabía qué rezar.

—Date prisa en ponerte fuerte si has decidido hacerlo
—susurré.

Mi madre se despertó, aunque no del todo, y me vio allí.

—¿Qué quieres, cariño? —susurró.

Sacó una mano de debajo de las mantas y la dirigió hacia mí.

—Nada —susurré, y volví de puntillas a mi habitación.

Eché un vistazo al solar. Había un mirlo cantando sobre el tejado del garaje. Pensé en el hombre, tendido detrás de los arcones, con el pelo cubierto de telarañas. ¿Qué estaba haciendo allí?

5



DURANTE EL DESAYUNO, pregunté a mis padres qué iba a ocurrir con el garaje.

—¿Cuándo vienen a limpiarlo? —dije.

Mi madre chascó la lengua, suspiró y miró al techo.

—Cuando encontremos a alguien que quiera hacerlo —contestó mi padre—. No es nada importante, hijo. Ahora no.

—Vale —respondí.

Mi padre se había tomado el día libre para poder trabajar en la casa. Mi madre iba a llevar a la bebé al hospital, para que le hicieran más pruebas.

—¿Quieres que no vaya al cole para ayudarte? —pregunté.

—Sí —respondió—. Puedes sacar el retrete de Ernie y rascar el cerco que quedará en el suelo al quitarlo.

—Iré al cole —repuse.

Metí la bolsa del almuerzo en mi mochila y salí hacia el colegio.

Antes de mudarnos, me preguntaron si quería cambiar también de colegio, pero yo no quise. Quería quedarme en Kenny Street High, con Leakey y Coot. No me importaba tener que cruzar la ciudad en autobús. Esa mañana se me ocurrió que así tendría tiempo de pensar en lo que estaba ocurriendo. Intenté hacerlo, pero no lo conseguí. Miraba subir y bajar a los pasajeros. Los observaba leer el periódico, limpiarse las uñas o mirar por la ventana como distraídos. Se me ocurrió que, con solo mirar, nadie puede adivinar qué están pensando los demás o qué está ocurriendo en sus vidas. En el autobús, aunque coincidas con gente chiflada o borracha, de esos que se ponen pesados o que empiezan a gritar tonterías o que insisten en contarte su vida, no llegas a conocerlos realmente.

Sentí ganas de levantarme y decir: «Hay un hombre en nuestro garaje, y mi hermana está enferma, y es el primer día que voy solo en autobús desde la casa nueva hasta mi colegio de siempre».

Pero no lo hice. Me limité a seguir mirando todas las caras y a moverme con el traqueteo del autobús, hacia atrás y hacia delante, a medida que el vehículo iba do-

blando las esquinas. Sabía que, aunque alguien me mirase, no descubriría nada sobre mí.

Era raro volver al colegio. Me habían ocurrido un montón de cosas, pero el colegio seguía igual. Rasputín seguía pidiéndonos que elevásemos el espíritu y la voz para cantar a pleno pulmón. El Yeti nos decía a gritos que camináramos por la izquierda al recorrer los pasillos. El Mono Mitford se ponía rojo como un tomate y estampaba un pie contra el suelo cuando no nos sabíamos las fracciones. La señorita Clarts se emocionaba hasta las lágrimas cuando nos contaba la historia de Ícaro: cómo se le habían derretido las alas por volar demasiado cerca del sol y cómo había caído en picado al mar, pasando junto a su padre, Dédalo. A la hora de comer, Leakey y Coot discutían sin parar sobre un fuera de juego.

Yo pasaba de todo eso.

Me acerqué a la valla del borde del campo y contemplé la ciudad donde vivíamos ahora.

Mientras estaba allí de pie, la señora Dando, una de las auxiliares, se acercó a mí. Conocía a mis padres desde hacía años.

—¿Estás bien, Michael? —me preguntó.

—Sí, bien.

—¿Y la bebé?

—Bien también.

—¿Hoy no juegas al fútbol?

Negué con la cabeza.

—Diles a tus padres que he preguntado por la bebé
—me pidió.

Se sacó del bolsillo un chicle de fruta y me lo pasó. Un chicle de fruta. Era lo que daba a los niños nuevos cuando estaban tristes o disgustados por algo.

—Solo porque eres tú —susurró, y me guiñó un ojo.

—No —dije—. No, gracias.

Regresé al campo de juego e hice una entrada espectacular a Coot. Me pasé el día pensando si contar a alguien lo que había visto, pero no se lo conté a nadie. Me convencí a mí mismo de que había sido un sueño. Tenía que ser un sueño.

6



YA EN CASA VI QUE HABÍA un agujero donde antes estaba el retrete de Ernie. Lo habían rellenado con cemento. El biombo de contrachapado había desaparecido. Se habían llevado la vieja estufa de gas de Ernie, y solo quedaba su silueta ennegrecida en la pared. El suelo estaba empapado y apestaba a desinfectante. Mi padre estaba sucio, mojado y sonriente. Me llevó hasta el jardín trasero. El retrete se hallaba ahí plantado, en medio de los cardos y las malas hierbas.

—Podemos reconvertirlo en un asiento para el jardín —comentó.

La estufa de gas y el biombo de contrachapado se encontraban junto a la puerta del garaje, pero no los habían metido dentro.

Mi padre me miró y me guiñó el ojo.

—Ven a ver lo que he encontrado.

Me condujo hasta la puerta del garaje.

—Tápate la nariz —me advirtió. Se agachó y empezó a abrir un paquete hecho con hojas de periódico—. ¿Listo?

Eran un montón de pájaros: cuatro.

—Los he encontrado detrás de la estufa —dijo—. Debieron de quedar atascados en la chimenea y no pudieron salir.

Se adivinaba que tres de ellos eran palomas, por el plumaje gris y blanco. El cuarto también tenía forma de paloma, aunque su plumaje era negro.

—Este es el último que he encontrado —me informó—. Estaba bajo un montón de hollín y polvo que había caído por la chimenea.

—¿También es una paloma?

—Sí. Lleva mucho tiempo ahí, mucho mucho tiempo, por eso está negra.

Me agarró una mano.

—Tócala —me animó—. Pálpala. Vamos, no pasa nada.

Dejé que me cogiera los dedos y me los pusiera sobre el pájaro. Estaba duro como una piedra. Incluso las plumas estaban tiesas.

—Lleva tanto tiempo ahí que es prácticamente un fósil —dijo.

—Está duro como una piedra —comenté.

—Eso es. Duro como una piedra.

Fui a lavarme las manos a la cocina.

—¿Te ha ido bien en el cole? —me preguntó.

—Sí. Leakey y Coot me han dicho que a lo mejor se pasan el domingo.

—Eso está bien. Entonces, ¿te las has apañado con los autobuses?

Asentí en silencio.

—La semana que viene a lo mejor puedo llevarte en coche —me dijo—. En cuanto nos hayamos organizado un poco mejor.

—No pasa nada —lo tranquilicé—. La señora Dando me ha preguntado por la bebé.

—¿Le has dicho que estaba bien?

—Sí —respondí.

—Bien. Ve a tomarte una Coca-Cola con un bocadillo o algo así. Prepararé un té cuando estemos todos.

Luego subió a darse un baño, y yo me quedé mirando el jardín trasero. Esperé una eternidad hasta que el agua para la bañera de mi padre empezó a subir por las tuberías. Cogí la linterna de la estantería de la cocina. Me temblaban las manos. Salí al jardín, pasé por delante del retrete de Ernie, la estufa y las palomas muertas. Me quedé plantado ante la puerta del garaje y encendí

la linterna. Inspiré con fuerza y entré de puntillas. Noté las telarañas y el polvo, e imaginé que todo aquello se derrumbaría. Oí los ruiditos de seres que salían corriendo y que arañaban el suelo. Pasé intentando no pisar la basura ni los muebles antiguos, tenía el corazón desbocado. Me sentí idiota. Me convencí de que había estado soñando. Me dije que no iba a volver a verlo. Pero lo vi.

7



ME INCLINÉ SOBRE LOS ARCONES y alumbré el hueco de detrás con la linterna; ahí estaba él. No se había movido. Abrió los ojos y los cerró de nuevo.

—Otra vez tú —dijo, con su voz rota y chillona.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté entre susurros.

Suspiró, como si estuviera harto de todo.

—Nada —respondió, de nuevo con aquel timbre chillón—. Nada, nada y nada.

Me quedé mirando una araña que le recorría la cara. La atrapó entre los dedos y se la metió en la boca.

—Van a venir a sacar la basura —le advertí—. Y este lugar podría derrumbarse.

Volvió a suspirar.

—¿Tienes una aspirina?

—¿Una aspirina?

—Déjalo.

Tenía la cara blanca y reseca como el yeso. El traje negro le colgaba de los hombros, como un saco, sobre su delgada osamenta. El corazón me latía a mil por hora. El polvo empezaba a taparme la nariz y a resecar me la garganta. Me mordí el labio inferior y me quedé mirándolo.

—No serás Ernie Myers, ¿no? —pregunté.

—¿Ese viejo pirado? ¿El que se pasaba el día tosiendo y echando las tripas por la boca?

—Lo siento —susurré.

—¿Qué quieres? —me espetó.

—Nada.

—¿Tienes una aspirina?

—No.

—Muchas gracias.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté—. Van a limpiar este lugar. Se vendrá todo abajo. ¿Qué vas a...?

—Nada. Lárgate.

Me quedé escuchando por si oía algún ruido fuera, por si estaban llamándome.

—Podrías entrar en casa —sugerí.

Se rio, pero no sonrió.

—Lárgate —susurró.

Se sacó una moscarda de la pechera del traje y se la metió en la boca.

—¿Puedo traerte algo? —pregunté.

—Una aspirina —respondió con voz ronca.

—¿Y algo de comer? —añadí.

—El 27 y el 53.

—¿Qué?

—Nada. Lárgate. Lárgate.

Me marché y volví a salir a la luz. Me sacudí de la ropa el polvo, las moscardas y las telarañas. Levanté la vista y vi a mi padre a través del cristal empañado de la ventana del baño. Lo oí cantar «The Black Hills of Dakota».

—¿Eres el chico nuevo? —preguntó alguien.

Me volví. Una niña asomaba la cabeza por encima del muro que daba al callejón trasero.

—¿Eres el chico nuevo? —repitió.

—Sí.

—Soy Mina.

Me quedé mirándola.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué?

Chascó la lengua, sacudió la cabeza y dijo con un tono cantarín y hastiado:

—Yo me llamo Mina. Y tú te llamas...

—Michael —respondí.

—Bien.

Entonces bajó de un salto del muro y oí como aterrizaba en el callejón.

—Encantada de conocerte, Michael —dijo desde el otro lado y se marchó corriendo.